

Agatha Christie: Cinco cerditos (1941)

Traducción de Guillermo López Hipkiss

emiliosola@archivodelafrontera.com

Colección: Bibliografía: Nota de lectura. Nadadores
Fecha de Publicación: 03/08/2015
Número de páginas: 5
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

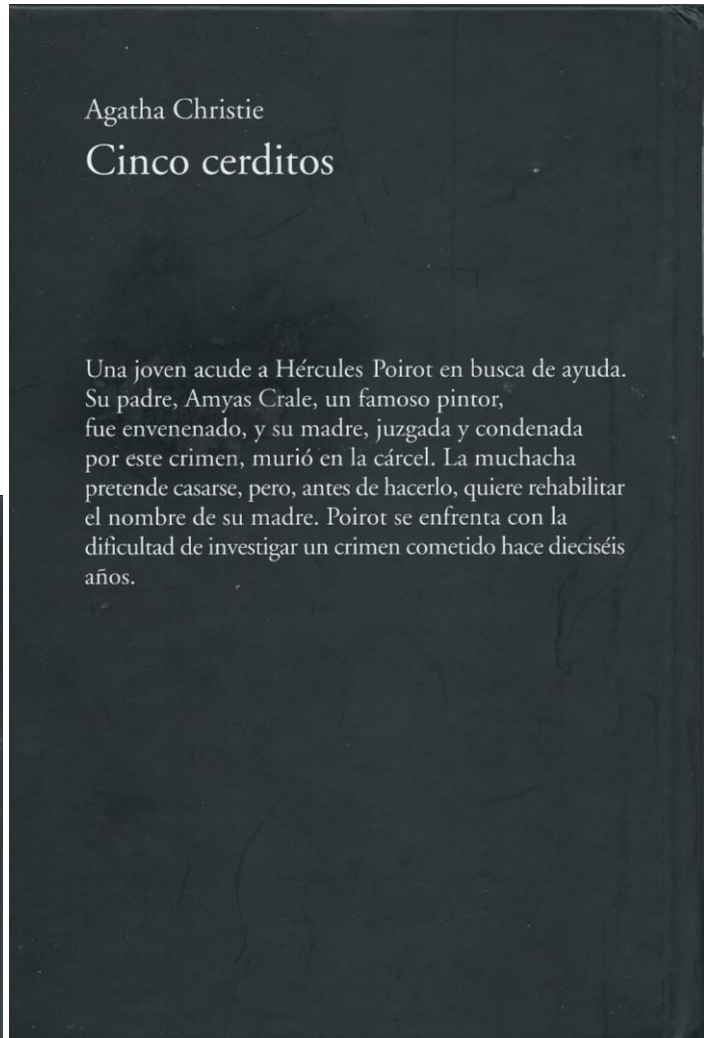
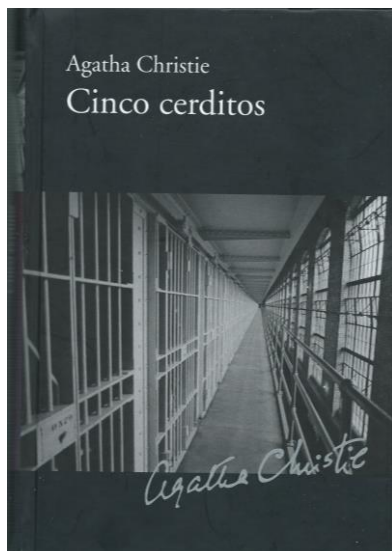
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

Agatha Christie: Cinco cerditos (1941).

Traducción de Guillermo López Hipkiss.

Barcelona, 2010, RBA.



Una novela de Agatha Christie con el detective privado Hércules Poirot, de esquema –estructura – tradicional en su narrativa, con reunión final del detective con todos los sospechosos en la que se desvela quién es el asesino o asesina de manera sorpresiva, y después de haber ido sugiriendo a lo largo de toda la narración otros personajes como sospechosos. El título hace alusión a una canción infantil que al detective le evoca el caso, y que servirá de guía para algunos capítulos de la trama: “Este cerdito se fue al mercado, este cerdito se quedó en casa, este cerdito se comió el rosbif, este cerdito no comió nada y este cerdito lloró: ¡uy!, ¡uy!, ¡uy!, no encuentro el camino para volver a casa”, como recuerda el traductor.

Los hechos dramáticos habían sucedido más de quince años atrás, y protagonizados por un pintor famoso, Amyas Crale, asesinado por su esposa Caroline, al decir de los jueces

en el momento mismo de los hechos, pero sobre el que volverá el detective contratado por una hija del matrimonio del artista pintor que a raíz de los hechos había sido enviada a Canadá y había sido criada por unos parientes que le habían dado su apellido y un nuevo nombre, Carla Lemarchant. Al cumplir los veinte años, al hacerse cargo de la herencia de sus padres, recibió también una carta de su madre Caroline, condenada a cadena perpetua por el asesinato con veneno de su marido, que había escrito antes de morir para su hija, al año de ingresar en prisión, y en la que le decía que ella no era la asesina de su padre. Aunque para todos no había duda de la culpabilidad de la esposa traicionada por el marido con una joven modelo y amante, tanto Poirot como la hija y, sobre todo, la hermanastra superviviente de Caroline, Ángela Warren, una notable exploradora que también creía improbable la atribución del crimen a su hermanastra, con la que estaba viviendo, joven aún, en el tiempo de los hechos trágicos, contribuyeron de manera decisiva a esclarecer el asesinato quince años después. La joven modelo del pintor y amante enamorada de él, Elsa Greer, desencadenante de la tragedia, quince años después era la esposa de lord Dittisham, “sabía apañárselas muy bien”, al decir de los conocedores de aquella situación, y tras varios divorcios decían “que la muchacha nadaba en la abundancia y que había logrado siempre lo que se proponía” (p.132).

Uno de los recursos más interesantes de esta novela de Agatha Christie son los cinco relatos hechos por cinco de los principales protagonistas y sospechosos a la vez de aquel crimen antiguo ya, que aceptaron redactar para Poirot, con sus puntos de vista, la descripción del momento fatídico en el que todos estaban en casa de Amyas y Caroline Crale. Esos cinco relatos son los de la entonces joven amante, Elsa Greer, ahora lady Dittisham, y la hermanastra de la condenada como asesina, Ángela Warren, la de la institutriz de esta y de la hija del matrimonio desaparecido, Cecilia Williams, y la de dos vecinos y hermanos, Philip y Meredith Blake, muy relacionados con el matrimonio Crale. Estos cinco relatos autónomos de los hechos constituyen el núcleo central o nudo de la novela, previo al desenlace. Y es en el recuerdo del primero de estos protagonistas-autores, Philip Blake, en donde aparece la entonces adolescente Ángela Warren como Nadadora, en una escena en el momento culminante de la acción, cuando antes de comer Caroline va a llevar una cerveza a su marido pintor que no quiere incorporarse a la comida con el grupo, y en la que todos después coinciden en que iba un veneno que la esposa había extraído de la casa de Meredith en una visita anterior reciente. La sospecha la va a comentar Philip con su hermano, pero es Ángela la que interfiere en la acción con una invitación a nadar, también enfadada aquella mañana del crimen porque andaban discutiendo su hermanastra y el marido asesinado sobre si enviarla o no a un internado. Esta es la escena decisiva, en la que el pintor y su modelo están en el jardín trabajando y aquel pide que le lleven una cerveza fría:

- “La cerveza que hay aquí está ardiendo – rezongó -. ¿Por qué no tenemos hielo en el jardín?

Y Caroline Crale sonstestó:

- Te mandaré una cerveza recién sacada de la nevera.
- Gracias – gruñó Amyas.

Entonces Caroline cerró la puerta del jardín y subió con nosotros a la casa.

Nos sentamos en la terraza y ella entró en el edificio.

Cosa de cinco minutos más tarde, Ángela salió con un par de botellas de cerveza y unos vasos. Hacía calor y nos alegramos de que nos la hubiera traído.

Mientras bebíamos, Caroline pasó junto a nosotros. Tenía una botella en la mano y nos dijo que iba a llevársela a Amyas. Meredith dijo que iría él, pero Caroline anunció con firmeza que se la llevaría ella misma. Yo pensé, tonto de mí, que aquella era una simple muestra de celos. No podía soportar que aquellos dos estuvieran solos en el jardín. Eso era lo que le había hecho ir ya una vez con el pretexto de discutir la marcha de Ángela.

Bajó el zigzagueante camino y Meredith y yo la vimos marchar. Aún no habíamos decidido nada, y ahora Ángela se empeñó en que fuera a nadar con ella. Parecía imposible estar a solas con Meredith. Le dije: “Después de comer”. Y él asintió.

Luego me fui a nadar con Ángela. Cruzamos la caleta a nado y volvimos. Después nos echamos sobre las rocas a tomar el sol. Ángela estaba un poco taciturna, cosa de la que me alegré. Decidí que inmediatamente después de la comida, llamaría aparte a Caroline y la acusaría a bocajarro. Entonces no le quedaría más remedio que devolver la cicutina o, si no la devolvía, por lo menos no se atrevería a usarla...”
(pp.144-145).

En su relato de los hechos, también Ángela recuerda que en su horizonte vital de adolescente, en aquellos momentos, estaban los descubrimientos y emociones nuevos de una chica de quince años:

“Y mezclados con estos nuevos descubrimientos y emociones, estaban todas las cosas que me habían gustado desde que tengo memoria. Nadar y subirme a los árboles, comer fruta y hacer jugarretas al mozo de cuadra y dar de comer a los caballos.”
(p. 176-177).

Ángela, la hermanastra de la para todos asesina, era una gran nadadora. Una nadadora curiosa e inquieta, el germen de su futuro de exploradora... Ya en la tercera y última parte de la novela, Hércules Poirot volverá sobre la escena de la nadadora Ángela, para aclarar la posibilidad de un robo en el laboratorio del mayor de los hermanos Meredith, en la base también del misterio de la trama:

“...le expondré una teoría. Alguien pudo acercarse a la casa aquella mañana, entrar en el laboratorio, coger algo de un estante y marcharse sin que usted lo viera. Ahora bien, si ese alguien hubiera venido de Alderbury, no podía haber sido ni Phillip Blake, ni Elsa Greer, ni Amyas Crale, ni Caroline Crale. Sabemos perfectamente lo que estaban haciendo esos cuatro. Así pues, sólo nos quedan Ángela Warren y miss Williams. Mis Williams estuvo aquí, usted mismo se la encontró al salir. Le dijo entonces que estaba buscando a Ángela.

Ángela había salido temprano a bañarse, pero miss Williams no la vio en el agua ni en las rocas.

Podía cruzar a nado a esta orilla sin dificultad.

Es más, lo hizo más tarde aquella mañana cuando se bañaba en compañía de Phillip Blake. Supongo que cruzó la caleta, se acercó a la casa, se metió por la ventana y se llevó algo del estante...”

(p.207).

En los juegos de espejos de Poirot/Christie, este de Ángela la Nadadora, futura exploradora, no es más que una sospecha más, a punto ya de desvelarse el una vez más sorprendente desenlace deductivo del detective, que de nuevo, como en el resto de sus obras, sorprenderá al lector en los últimos párrafos con un giro rápido pero para el que había ido dejando indicios a lo largo de todo el relato...

Zigzagante relato de acuerdo con el canon de la llamada novela negra y del que poco se le quedará al lector en la memoria, si no es algún perfil evocador como este, por ejemplo, de una joven nadadora en el centro de una situación trágica y que al final encuentra su salvación precisamente por la misma inconsciencia de su propia belleza básica, esa belleza inconsciente que siempre subyuga y por eso puede permanecer en la memoria.

FIN